



Vol. 7, No. 1, Fall 2009, 459-470

www.ncsu.edu/project/acontracorriente

Review/Reseña

Mónica Szurmuk y Robert McKee Irwin, coords. *Diccionario de estudios culturales latinoamericanos*. México: Siglo XXI/ Instituto Mora, 2009.

Los estudios culturales en la estela de la institucionalización

Ignacio M. Sánchez Prado

Washington University—St. Louis

La aparición de un diccionario es uno de los signos inequívocos de la consolidación institucional de una disciplina. Por este motivo, la publicación del *Diccionario de estudios culturales latinoamericanos*, coordinado por Mónica Szurmuk y Robert McKee Irwin es ante todo el necesario momento de culminación de un proceso de más de dos décadas, un proceso de vasto y profundo impacto en la geografía intelectual del latinoamericanismo. Podría decirse incluso que el *Diccionario* constituye la

etapa más reciente de una ruta intelectual cuyos pasos conocemos bien: la publicación de libros fundacionales como *La ciudad letrada* de Ángel Rama, *De los medios a las mediaciones* de Jesús Martín-Barbero o *Culturas híbridas* de Néstor García Canclini; las polémicas desatadas por el poscolonialismo latinoamericano a principios de los noventa y los intentos de construir un grupo de estudios subalternos a mediados de esa década; los debates conceptuales sostenidos en lugares como la *Revista Iberoamericana*, bajo la dirección de Mabel Moraña, o el Instituto Pensar de Colombia, con la presencia de figuras como Santiago Castro Gómez; libros que han intentado la definición de un campo discernible del latinoamericanismo crítico, como *Al sur de la modernidad* de Martín-Barbero o *Latin Americanism* de Román de la Campa; la publicación de antologías consagratorias como el *Latin American Cultural Studies Reader* de Abril Trigo, Ana del Sarto y Alicia Ríos, el *Latin American Subaltern Studies Reader* de Ileana Rodríguez o *Coloniality at Large* de Mabel Moraña, Carlos Jáuregui y Enrique Dussel, entre muchos otros. El tener en nuestras manos un diccionario indica ya la existencia de un mapa conceptual y crítico donde se intersectan geografías teóricas, cartografías conceptuales y una considerable historia de usos y costumbres críticos, resultantes en un campo que, bajo el nombre de “estudios culturales latinoamericanos”, engloba prácticas e ideas producidas no sólo en diversos países e instituciones, sino también en los cruces y recorridos de un amplio espectro disciplinario.

En estos términos, la tarea de construir un libro como el *Diccionario de estudios culturales latinoamericanos* descansa en el complejo ejercicio organizador y, quizá, canonizador de una serie de prácticas ejercidas en un espacio tan diverso como fragmentado. Entre los desencuentros a conciliar se encuentra el problema del locus de enunciación intelectual de los estudios culturales latinoamericanos. En la región, los paradigmas culturalistas se han dado, ante todo, en espacios contruidos desde las ciencias sociales (departamentos, programas e institutos de comunicación, de antropología urbana o cultural, de sociología, de estudios fronterizos, entre otros), desde emergentes configuraciones institucionales de cariz interdisciplinario (sobre todo

programas de estudios de género) o, incluso, desde ciertos espacios inesperados de las humanidades (como el Instituto Pensar de la Universidad Javeriana, dedicado a la filosofía). Por su parte, siendo los estudios culturales una práctica de fuertes genealogías anglosajonas, los debates del latinoamericanismo enunciado desde la academia norteamericana han emanado ante todo de programas de literatura latinoamericana, donde operan a partir de una serie de paradigmas y pesos específicos distintos a los de la región. Por todo esto, la tarea del *Diccionario de estudios culturales latinoamericanos* debe evaluarse en términos de sus éxitos y fracasos frente al reto de articular el carácter centrífugo de las conceptualizaciones de los estudios culturales en un canon disciplinario discernible o, por lo menos, en un territorio común de conceptos.

Siempre es tentador juzgar un proyecto abarcador como éste por sus ausencias, y el *Diccionario de estudios culturales latinoamericanos* sin duda sufre de algunas omisiones. Llama la atención, por ejemplo, que dos conceptos en el centro mismo de los debates culturales, “cultura juvenil” e “intelectual”, no estén presentes. Las prácticas sociales de la juventud han sido sin duda cruciales en la formulación de espacios de los estudios culturales latinoamericanos, y sobre todo, en la conceptualización de prácticas que trascienden las normatividades sociales que los estudios culturales pusieron en duda. Por su parte, el concepto de “intelectual”, con derivaciones tales como “intelectual público” e “intelectual orgánico”, está, por lo menos desde *La ciudad letrada* de Rama, en la fundación misma de los estudios culturales latinoamericanos en tanto práctica de cuestionamiento de la figura del intelectual letrado liberal como sujeto central de enunciación de la práctica crítica del continente. El tema se toca tangencialmente en una de las mejores entradas del libro, “Ciudad letrada”, escrita por Juan Pablo Dabove, cuya discusión del legado de Rama es excepcional. Sin embargo, es claro que la línea ramiana no agota en lo absoluto el problema del intelectual en los estudios culturales latinoamericanos.

En ambos casos, las ausencias manifiestan un hecho inescapable en un proyecto como éste: una comprensión precisa de la historia y desarrollo

de la disciplina tal y como la conciben sus editores. Irwin y Szurmuk destacan en su introducción cuatro momentos fundamentales en el desarrollo de los estudios culturales latinoamericanos: la tradición ensayística de los siglos XIX y XX; la lectura de la Escuela de Frankfurt, el Centro de Estudios Culturales de Birmingham y el posestructuralismo francés; la relación “sur-sur” planteada por proyectos como el subalternismo y el poscolonialismo; y las agendas de investigación desarrolladas desde la academia norteamericana. Los conceptos incluidos en el libro manifiestan, ante todo, los debates heredados de estas fuentes, mientras que las exclusiones (y aquí me refiero precisamente a las dos que menciono antes) tienen más que ver con debates que han sucedido o en espacios intelectuales muy localizados o en debates más relacionados con la práctica social del latinoamericanismo que con sus manifestaciones académicas.

El lector (o usuario) también encontrará algunos huecos en la nómina de colaboradores y echará de menos a varias de las figuras centrales en la formulación del debate sobre los estudios culturales latinoamericanos: John Beverley, José Manuel Valenzuela Arce, Rossana Reguillo, Mabel Moraña, Abril Trigo, Néstor García Canclini, Santiago Castro Gómez y Carlos Monsiváis destacan entre las ausencias. Esto, por supuesto, no es necesariamente un problema del libro, sino un signo de su apuesta. Aunque no lo discuten de manera abierta en la introducción, Irwin y Szurmuk parecen haber apostado a una serie de principios en la elección de sus colaboradores: una diversidad geográfica basada en el balance entre académicos de los Estados Unidos y de América Latina; un cierto componente de autores que, como la novelista Cristina Rivera Garza, más que ser participantes de los debates teóricos, han construido ejercicios basados en áreas considerables de los estudios culturales; un cierto privilegio a autores de generaciones más jóvenes a las que definieron los términos conceptuales—desde los editores mismos, hasta estudiantes de posgrado y profesores jóvenes como Claudia Darrigrandi y Ximena Briceño. En estos términos, hay que reconocer que, pese a las ausencias, Irwin y Szurmuk lograron con gran éxito la convocatoria de un grupo diverso,

innovador y brillante de colaboradores que son la base de los éxitos principales del libro.

Una vez hecho el necesario catálogo de limitaciones, es posible afirmar que las muchas virtudes del libro, que intentaré discutir en el resto de este ensayo, superan por mucho a las posibles objeciones que se puedan hacer contra él. El *Diccionario de estudios culturales latinoamericanos* es uno de los volúmenes más completos e importantes sobre el tema disponibles en el mercado editorial y no me queda duda alguna que está destinado a convertirse en uno de los instrumentos privilegiados de enseñanza del campo en las instituciones norteamericanas y latinoamericanas. Un simple vistazo a la excelente introducción de Irwin y Szurmuk deja constancia de esto. El texto, titulado simplemente “Presentación”, está dividido en tres secciones: “Genealogías”, “Los espacios de los estudios culturales latinoamericanos” y “Polémicas y debates”. La primera sección plantea los cuatro orígenes mencionados anteriormente (el ensayo, las tradiciones europeas, la academia norteamericana y el eje “sur-sur”) y después dedica, posiblemente debido a que Irwin es mexicanista, Szurmuk trabaja en México, y el libro se ha publicado en ese país, una sección a los estudios culturales mexicanos, enfocado en la presencia de figuras fundacionales como Martín-Barbero, Rossana Reguillo y Valenzuela Arce en el campo académico del país. La segunda sección se ocupa de las ubicaciones académicas de los estudios culturales latinoamericanos, así como las distintas funciones que han ejercido tanto en el contexto norteamericano como en el latinoamericano. En esta sección, Irwin y Szurmuk enfatizan varias capas de la práctica englobada bajo el nombre de “estudios culturales”: crítica cultural, gestión cultural, pedagogía, formación escolar desde el nivel primario hasta el universitario, interdisciplinareidad y transdisciplinareidad, y la emergencia de temas dejados de lado por la práctica intelectual tradicional, como la cultura popular y el género. Finalmente, la tercera sección enfatiza sobre todo cuatro polémicas en la formación de los “estudios culturales”: el problema de la formación metodológica de sus practicantes frente a las culturas intelectuales de las disciplinas tradicionales; la continua asimetría entre Norte y Sur que tiende a privilegiar la producción en inglés y los

espacios académicos del Norte; la legitimidad de América Latina como espacio de producción de teoría y no sólo como objeto de estudio y la difícil relación entre lo latinoamericano y lo latino, entendido esto último en relación a la(s) cultura(s) de los hispanohablantes y sus descendientes en los Estados Unidos. Como podemos ver a partir de este resumen, Irwin y Szurmuk ofrecen un conciso y valioso panorama de la disciplina, una suerte de estado de la cuestión basado en la multiplicidad de genealogías y territorios del campo. Esta presentación es, a mi parecer, uno de los textos introductorios de mayor valor pedagógico y crítico en la bibliografía existente.

La apuesta tanto de la introducción como del libro está relacionada de varias maneras con una agenda en torno al lugar de los “estudios culturales latinoamericanos” en la formulación de un lugar más prominente de éstos en el campo académico norteamericano. En un artículo reciente, titulado “Cultural Studies and the Field of ‘Spanish’ in the Field of Spanish” y publicado por *A contracorriente*, plantean una reforma curricular en los departamentos de español y portugués en Estados Unidos basadas en tres planteamientos: un desplazamiento de lo literario a lo cultural como centro del currículum; un desplazamiento de España de las jerarquías departamentales para otorgar un lugar más central a México y América Latina y un lugar creciente para los estudios latinos. Independientemente de los méritos y problemas de esta propuesta, cuya discusión detenida sería tema de otro ensayo, es claro que el desarrollo del *Diccionario de estudios culturales latinoamericanos* responde en parte a esta idea. Ciertamente, uno de los obstáculos para cualquier intento de ubicar a los estudios culturales latinoamericanos en el centro de los programas académicos de español es la relativa falta de instrumentos pedagógicos para uso en cursos graduados y subgraduados sobre el tema. Este diccionario constituye una importante contribución para paliar este problema. Asimismo, en la medida en que la crítica de Irwin y Szurmuk descansa en la pobre definición teórica del campo de “Spanish” en los Estados Unidos, la creación de un instrumento crítico como el *Diccionario* es una forma de plantear una definición disciplinaria (desde los orígenes y genealogías hasta el canon conceptual) sobre la cual se puede construir una práctica

pedagógica y departamental concreta. Finalmente, el diccionario provee a los potenciales instructores de la práctica pedagógica defendida por Irwin y Szurmuk un arsenal teórico-crítico de base transmisible a los estudiantes expuestos a los estudios culturales en el aula. Por todo esto, el libro no es sólo un instrumento de consulta. Se trata, también, de una apuesta dirigida a una centralización curricular de los estudios culturales latinoamericanos que corresponda al impacto intelectual que han tenido en el trabajo crítico de la disciplina y que logre derribar la última barrera existente para su consolidación definitiva: la aún prevalente centralidad de lo literario en la estructura curricular de los programas de “Spanish” en los Estados Unidos. Queda por verse si los estudios culturales latinoamericanos pueden lograr dicha expansión al terreno pedagógico o si el argumento a favor de una formación literaria tradicional termina prevaleciendo, tal y como lo ha hecho en la mayoría de las instituciones durante ya dos décadas de polémica.

En este punto, es importante afirmar que reducir el potencial de este libro a un debate en torno a las aulas universitarias estadounidense implicaría dejar de lado otros espacios potenciales de lectura para el volumen. Al ser publicado en México y coeditado por una casa editorial de proyección continental, Siglo XXI, la apuesta de Irwin y Szurmuk refleja también el estado de la cuestión en América Latina. Si bien los estudios culturales han florecido en muchas áreas de la región, también es cierto que los atrincheramientos disciplinarios existen en formas tanto o más pertinaces en las instituciones académicas. México es un ejemplo de esto. Las figuras más prominentes de los estudios culturales académicos en el país (Néstor García Canclini, Rossana Reguillo, José Manuel Valenzuela Arce, Marisa Belausteguigoitia, por mencionar sólo a los más notables) suelen trabajar o en instituciones de provincia donde la apuesta disciplinaria se ejerce con mayor libertad, como el ITESO o el Colegio de la Frontera Norte, o en programas interdisciplinarios, como el PUEG de la UNAM, que parecen tener poca influencia en el desarrollo curricular de las facultades tradicionales. Incluso, en México se practican en muchas instituciones estudios literarios donde la filología y la semiótica estructuralista juegan un papel mucho más preponderante que cualquier

rama de los estudios culturales y donde líneas intelectuales como el poscolonialismo rara vez emergen en el aula. En el contexto mexicano, las apuestas por difundir los estudios culturales de manera decisiva (como yo mismo intenté hacer al editar el volumen *América Latina. Giro óptico*) se han topado con una recepción mixta, tanto por las distinciones disciplinares como por las barreras generacionales, en una academia donde muchas posiciones son ocupadas por colegas de la a veces muy vieja escuela y donde resulta muy difícil para un académico joven, más expuesto a tendencias teórico-críticas recientes, alcanzar un lugar visible dentro de la estructura institucional. En otras palabras, resulta significativo observar que, mientras que la publicación del *Diccionario de estudios culturales latinoamericanos* indica ya la existencia institucional de un campo discernible y considerable, existe al mismo tiempo una serie de espacios antagónicos a sus presupuestos teóricos e institucionales. Me atrevería a decir, incluso, que en muchos espacios de América Latina aún está por verse si los estudios culturales tendrán un lugar a largo plazo en la conformación de las instituciones y los currículos. La publicación del *Diccionario de estudios culturales latinoamericanos* parece confirmar, al menos, que está presente el intento de que sea así.

Una discusión de todas y cada una de las entradas del diccionario sería, por supuesto, imposible, pero resulta interesante detenerse en algunas de ellas, para entender la envergadura conceptual y teórica del libro. Al leer el texto, me llamó particularmente la atención el intento de varios autores de evadir lugares comunes en la definición de las categorías a su cargo, intentando, más bien, enfatizar las apropiaciones creativas que los estudios culturales latinoamericanos han hecho de algunas de ellas. Quizá la más notable es la entrada sobre “Desconstruccionismo”, escrita por Román de la Campa. Más que trazar una esperada ruta que va de Derrida—casi completamente ausente del texto por cierto—a sus acólitos latinoamericanos, de la Campa apuesta por una “historia de múltiples momentos constitutivos” basada en “[d]esajustar el anclaje trascendental del sentido literario”, no sólo provocando una redefinición del objeto de estudio de la crítica de la “literatura” a la “escritura”, sino también, en última instancia, desembocando en un amplio giro epistemológico que

descentró, en paralelo a la literatura, las ideas de nación e identidad y los cimientos mismos de las disciplinas literarias. De esta manera, desconstrucción no se refiere simplemente a una corriente posestructuralista de pensamiento sino, de manera más crucial, al radical desmontaje de las discursividades de la modernidad en la base misma de los estudios culturales *qua* discurso crítico y cognitivo. Como podemos ver en este ejemplo, quizá el más radical del libro pero definitivamente no el único, muchas de las entradas del diccionario se apropian de conceptos esenciales en el debate y los reformulan a partir de la centralización misma de los estudios culturales como objeto de consideración intelectual. En otras palabras, en vez de plantearnos un cúmulo de influencias terminológicas de otras disciplinas en los estudios culturales, muchas entradas del libro hablan de la redefinición, reformulación y reinención radical de categorías recibidas desde el prisma teórico del latinoamericanismo.

Con todo, el valor pedagógico del libro no deja de estar presente, y otras entradas del texto proveen definiciones bien estructuradas de categorías básicas frente al corpus de los estudios culturales. Un buen ejemplo de esto es la categoría de “Ideología”, definida aquí por Sebastiaan Faber. Faber parte de la definición marxista clásica del término, para después confrontarla con algunos de sus cuestionamientos más prominentes, particularmente la ciencia social liberal de Edward Shils y Daniel Bell y el desmontaje del concepto de alienación de autores como Foucault, Deleuze y Guattari. Sin embargo, la parte más importante y sugerente de esta sección emerge en dos momentos. Por un lado, Faber intercala en su historia una sugerente redefinición del término que, al entender la teoría de la ideología como “perspectivista”, permite aprehender los alcances heurísticos del concepto. Por otro, cuando Faber atrae la discusión al terreno latinoamericano, nos permite ver la forma en que esta idea, a veces usada con un exceso de naturalidad, ha permitido despuntes críticos tanto en autores marxistas como Neil Larsen y Roberto Schwarz como en la obra de Carlos Monsiváis, quien según Faber y al igual que Slavoj Žižek, “nunca deja de insistir en la potencialidad creativa y política de la cultura popular”, trascendiendo así la simple noción marxista

de alienación. En el equilibrio entre las redefiniciones radicales, como la propuesta por de la Campa, y las rigurosas exploraciones conceptuales, como la llevada a cabo por Faber, radica una clara ilustración del valor y potencial de este volumen.

Otro elemento que evidencia la inclusividad y rango de este diccionario es la presencia de algunas definiciones más propias de los estudios literarios. La más notable es “canon”, escrita por Ana Rosa Domenella y Luzelena Gutiérrez de Velasco. La presencia de esta noción se relaciona, tal y como mencionan las autoras, con el hecho de que el canon es el antagonista natural de muchas líneas intelectuales emanadas de los estudios culturales latinoamericanos. Más aún, podría decirse sin excesos que si algo une a los estudios culturales como proyecto es el cuestionamiento de los cánones culturales y las instituciones que lo sustentan. Aún así, la noción de “canon” tiende a estar ausente de buena parte de los estudios culturales. Esto se demuestra en el hecho de que buena parte de la bibliografía sobre el canon (incluyendo a muchas “obras de consulta” recomendadas en la entrada) se ha producido por fuera de los estudios culturales e, incluso, como reacción negativa contra ellos (piénsese en Harold Bloom). Es más, aparte quizá de Beatriz Sarlo y algún otro académico de la Argentina, resulta imposible pensar en alguien que haya hecho una contribución importante tanto a los estudios culturales como a la teoría del canon. De hecho, es interesante observar cómo el problema se manifiesta en otra entrada relacionada, “Estética”, escrita por Kate Jenckes y Patrick Dove. La entrada retoma el trabajo de Sarlo junto con el de Nelly Richard para plantear que “El futuro de los estudios culturales dependerá en cómo se decide responder a una tensión interior que marca y divide los estudios culturales desde su principio: entre una voz crítica que nace en respuesta la ideología estética y a su complicidad con estructuras de dominación y normatividad y otra voz que pretende afirmar la existencia material—aun dentro del lenguaje—como primera instancia del relacionarse del sujeto con el mundo” (105). Dicho de otra manera, existe una tensión entre la tendencia democratizante de los estudios culturales frente a las estructuras de dominación y la visión, heredada en parte de las genealogías literarias de la disciplina, de que una jerarquización cualitativa

de las producciones culturales no mantiene una relación necesaria con dicha dominación. En estos términos, la inclusión de “canon” y “estética” en el diccionario es de celebrarse, puesto que se trata de un tema poco discutido pero fundamental para el desarrollo de una práctica pedagógica basada en los estudios culturales. La dispersión es sin duda algo que puede funcionar como ética intelectual, pero generalmente es inoperante como estrategia curricular. Una reflexión sobre la idea de canon, que retome las raíces literarias descritas por Domenella y Gutiérrez de Velasco y las reinvente para la formación de cánones culturales, prescriptivos pero no autoritarios, parece ser uno de los retos emanados de varias discusiones del diccionario. Ciertamente, como observan Jenckes y Dove, el problema de la estética tiene mucho camino por delante.

Por supuesto, el diccionario cuenta también con entradas para cada una de las categorías importantes dentro de los debates culturalistas. Nara Araújo, por ejemplo, aborda la siempre abrumadora noción de “cultura”, proponiendo una brillantemente acotada definición que privilegia en partes iguales las definiciones prevalentes en los estudios culturales anglosajones (Bhabha y la gente de Birmingham, sobre todo) y latinoamericanos (desde Martín-Barbero y García Canclini hasta Renato Ortiz y George Yúdice). Este mismo ejercicio de acotamiento y equilibrio se encuentra muy bien ejecutado por José Rabasa en su definición de “poscolonialismo”, por Sandra Lorenzano en la entrada de “posmodernidad”, por Irwin en el texto sobre “teoría *queer*” o por Liliana Weinberg al hablar de “transculturación”, por mencionar sólo algunos de los conceptos más familiares. Más allá de los casos específicos que he privilegiado en este texto, debe notarse que la médula espinal del diccionario se encuentra compuesta por entradas como éstas: intentos claros de acotamiento y definición de un problema, siempre centrados en su relevancia a cuestiones específicamente latinoamericanas. El balance logrado por la mayor parte de los autores entre el reconocimiento de los legados críticos adoptados en la región y las intervenciones y trabajos conceptuales realizados desde la región es de primer nivel. Los lectores y usuarios del diccionarios podrán observar claramente el importante rol de los estudios culturales en la realización de América Latina como *locus* de enunciación de teoría, así como la densidad

e importancia de las contribuciones críticas y conceptuales desde los distintos espacios geográficos de la disciplina.

En suma, la publicación del *Diccionario de estudios culturales latinoamericanos* es un evento central en nuestras disciplinas. Se trata, ante todo, de un libro de cabecera para investigadores y estudiantes y, sin duda alguna, un texto que todos aquellos dedicados a los muchos temas englobados en los estudios literarios y culturales latinoamericanos debemos conocer y ponderar. La realización del proyecto de parte de los editores, Robert Irwin y Mónica Szurmuk, es una muestra de lo que un trabajo de coordinación bien pensado, concebido y llevado a cabo puede dar a nuestro campo y, como alguien que ha enfrentado las vicisitudes de coordinar volúmenes mucho más modestos que éste, me queda claro que existe un mérito enorme en un trabajo editorial que resulta en el balance, calidad y consistencia de todas las entradas del diccionario. Cada una de estas entradas está destinada a ser un texto esencial de consulta y debate en sus respectivos temas y, sin duda, los lectores y usuarios volveremos a él una y otra vez.